

PASIÓN POR LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA (*)

Ildefonso Leal (**)

Quiero agradecer muy sinceramente este inmerecido homenaje que la Biblioteca Central de la Universidad Central de Venezuela, a cuyo frente está la doctora Elsy Jiménez, ha dedicado al doctor Rafael Fernández Heres y a mí, dos personas dedicadas por varias décadas a la investigación histórica.

Es propicia la oportunidad para recordar que en casi 50 años que llevo interrogando y analizando viejos documentos en los archivos españoles y venezolanos, los guías espirituales de esta misión han sido don Mariano Picón Salas y don Ramón Tovar López.

Tovar fue mi profesor, mi compañero de pensión y mi noble amigo en el Liceo «Francisco de Miranda» de Los Teques allá en los años cincuenta y cincuenta y uno. El despertó en mi época de adolescente el gusto por la lectura y el espíritu rebelde e inconforme que debe abrigar el alma de todo joven. En tercer año de bachillerato me inclinó por la lectura de los escritores clásicos de la Rusia del siglo XIX: Turgeniev, Chejov, Tolstoi, Puschkin, Gogol, Dostoievski, Gorki, etc. y me obligó a meditar los gruesos volúmenes de la *Historia Constitucional de Venezuela*, de José Gil Fortoul; y a indagar en las principales obras de la historiografía y literatura nacional.

Yo venía de mi pueblo de Lagunillas del Zulia, de un hogar pobre y de una comunidad que no tenía liceo, ni biblioteca, ni cine, ni ninguna actividad cultural. Por dos años me desempeñé como obrero petrolero hasta que mi

(*) Palabras pronunciadas en la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, el 26 de marzo de 2007.

(**) Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón Letra «O».

madre Gregoriana Leal decidió enviarme a estudiar a Los Teques, montándome en un autobús de la Compañía ARC que tardaba dos días del Zulia a Caracas por largas y polvorientas carreteras. En Los Teques viví en la Pensión de Mariña Sánchez, en la Calle Ribas, donde por ocho bolívares diarios recibíamos comida y alojamiento.

Ahí tuve la suerte de entablar amistad con el Profesor Tovar, quien algunos fines de semana me obsequiaba unas monedas para que viniera a Caracas a consultar los fondos de la Biblioteca Nacional, a ver algunas películas en los cines Rialto, Ayacucho, Principal o Metropolitano, o comprar algunos libros usados por los lados del Teatro Nacional.

En Los Teques no funcionaba el 5° año de bachillerato y tuve que encaminar mis pasos a Caracas, el Liceo «Fermín Toro», donde trabé amistad con mi profesor de Sociología, el doctor Virgilio Tosta, un dinámico educador, culto, amable y comprensivo.

Después la suerte me siguió acompañando al ingresar a los Cursos de Historia de la Universidad Central de Venezuela en 1953. En ese entonces había en nuestra “Alma Mater” un brillante elenco de intelectuales integrado por: Mariano Picón Salas, Arturo Uslar Pietri, Juan David García Bacca, Manuel Granell, Domingo Casanova, Augusto Mijares, Miguel Acosta Saignes, Eduardo Arcila Farías, Pedro Grases, Luis Beltrán Guerrero, Ángel Rosenblat, Guillermo Pérez Enciso, Santiago Magariños, Tula Núñez de la Torre, Ismael Puerta Flores, Luis Acosta Rodríguez, Pascual Venegas Filardo, Marco Aurelio Vila, Gastón Diehl, César Tinoco Ritcher, Horacio Cárdenas Becerra. Con un equipo tan selecto, por más que uno fuera torpe, algo aprendía de aquellos sabios catedráticos.

Mariano Picón Salas se constituyó en mi protector y amigo, y llegó a tal extremo su generosidad de publicarme un artículo escolar en 1953 en las páginas del diario «El Nacional». Don Mariano era todo un excelso humanista, andaba siempre alegre y sonreído, se burlaba de su supina pobreza y cautivaba al estudiantado por sus estupendos y extraordinarios libros, sus magistrales clases, su modestia, su pulcro estilo de escritor, su honestidad política y ese afán de ayudar a la juventud.¹

1. El espíritu diáfano, vertical de Picón Salas se refleja en este sublime pensamiento de su libro *Viejos y Nuevos Mundos* (Caracas, Biblioteca Ayacucho, Vol.101, 1983, p.579), y que textualmente reza así:

Don Mariano me obligó a marcharme a seguir estudios de post-grado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, a revisar los insondables fondos documentales del Archivo General de Indias y a escribir la Historia de la Universidad Central de Venezuela. «Usted-me dijo imperativamente- está comprometido a escribir la historia de la institución que le está otorgando la beca de estudios. Si Ud. no acepta las recomendaciones, no firmo la constancia académica. Váyase a Sevilla y cuando regrese doctorése con una tesis de la universidad caraqueña». No me gustó la idea de don Mariano, expresada una mañana de julio de 1958, en su casa caraqueña. Y hasta tuve el atrevimiento de decirle: «Don Mariano, acabamos de salir de una dictadura en Venezuela y Ud. me está mandando a un lugar donde impera un régimen de fuerza». El maestro sentenció: «Usted no viaja a España como político, sino como estudiante». No tuve más remedio que disculparme. Me abrazó don Mariano, me obsequió una taza de café y me entregó varias cartas de recomendación para historiadores españoles. Nunca olvidaré aquel gesto, aquella confianza depositada en mí. Lo lamentable fue la suspensión del viaje de estudios a México por culpa de tan contundente mandato.

En Sevilla la suerte no me desamparó. Tuve el honor de ser alumno de connotados historiadores: Antonio Muro, Guillermo Céspedes del Castillo, Manuel Giménez Fernández y Francisco Morales Padrón, más la ayuda del erudito historiador nicaragüense, don Carlos Molina Argüello quien trabajó, hasta su muerte, 50 años en el Archivo Hispalense y dejó inédita una obra en 20 tomos, *Historia de Centro-América en el Siglo XVI*.

Hoy evoco a estos maestros, más otro insigne investigador español, don Agustín Millares Carlo, quien me animó a emprender la obra *Libros y Bibliotecas en Venezuela Colonial*. Sin la ayuda de mi progenitora María Gregoriana Leal, de la Universidad Central de Venezuela y de tantos maestros protectores (en los que incluyo al doctor Ernesto Mayz Vallenilla y al doctor Francisco De Venanzi), todavía yo estuviera anclado en mis anhelos de superación intelectual, en mi añorado y cálido pueblo petrolero de Lagunillas del Zulia.

“Cuando escribo estas añoranzas en una mesa pobre, atestada de lápices y de libros; cuando pienso que el pan y la sopa caliente que se comen en mi casa los gano con mi trabajo de escritor y profesor; cuando pago el precio ecuaníme de mi libertad espiritual, no cambio esta olvidada calma por el compromiso y la traición que están en la cuenta corriente de muchos triunfadores”.

Mi esposa María y mis hijos Jorge y Henry, me han acompañado entusiastamente en ese trajinar por los archivos. A todos mi más sincera gratitud.

No puedo omitir, en estas apresuradas reminiscencias, la Academia Nacional de la Historia que generosamente me eligió Individuo de Número en 1969, cuando contaba 37 años de edad. A esta ilustre corporación llegué por la bondadosa gestión de don Cristóbal Mendoza, Carlos Felice Cardot, Guillermo Morón, Blas Bruni Celli, Virgilio Tosta, Alfredo Boulton, Luis Beltrán Guerrero, Tomás Pérez Tenreiro, Joaquín Gabaldón Márquez, Mario Briceño Perozo, Héctor Parra Márquez, Pedro José Muñoz y don José Nucete Sardi. ¡Qué estimulante es esta institución al publicar algunos de mis libros y confiarme la Dirección del Departamento de Investigaciones Históricas! Y no menos ha sido el amplio apoyo de sus últimos directores, los doctores Rafael Fernández Heres y Ermila Troconis de Veracochea. Doña Ermila me colmó de atenciones cuando en 1999 mi organismo padeció una delicada enfermedad y tuve que operarme de urgencia. Da gusto contar con tan piadosos amigos en horas difíciles.

De Fernández Heres recuerdo nuestros días de estudiante universitario con las angustias vividas en un país sacudido por un gobierno dictatorial que obligaba a pagar una costosa matrícula, los exámenes finales y de reparación, y a firmar un documento donde incondicionalmente quedábamos comprometidos a ser súbditos obedientes de la tiranía.

Eran años de áspero vivir, pero que soportábamos deslumbrados por la brillantez de nuestros profesores y por el sueño utópico de que algún día se desgarrarían las tinieblas y tendríamos una Universidad autónoma, con libertad de cátedras y pensamiento, y una nación de cuerpo recio y voluntad irradiante.

Finalizo esta breve disertación reiterando mi gratitud a la Biblioteca Central de la Universidad Central de Venezuela por este homenaje que me tributa en compañía de Rafael Fernández Heres, talentoso, fiel, activo y consecuente estudioso de la historia de la educación venezolana.